

EL NERVIÓ ÓPTICO DE RICARDO GONZÁLEZ

Pintar (ahora) supone un ejercicio de reflexión permanente que irremediabilmente sume al pintor en un grado de insatisfacción cada vez que es capaz de sintetizar en la pintura un pensamiento nuevo, lo que deriva en un estado de crisis continua que aflora como tema de la propia pintura. Este *crisismo*, como han llamado algunos, es lo que se representa una y otra vez, y es lo que produce este vagar metafísico de la materia pictórica que se pone en duda, en tela de juicio, por el propio pintor en primera instancia. La pérdida de referente, de modelo, ha hecho de la acción de pintar un eterno comenzar, un repensarse a sí misma, más que un acto concluyente que nos muestra las cosas del mundo. La pintura es su propio modelo en la medida que esta se hace, de ahí que los pintores nos muestren los procesos como formas, el andamiaje de la pintura, y abandonen la fachada de la percepción. Nos encontramos entonces ante una pintura del intelecto, una pintura que se piensa a sí misma que se pone a la altura del pensar filosófico. El mundo visual se ha desprendido de las manos para acabar en la punta del dedo que dispara a diestro y siniestro un exterior que se nos impone como reflejo de lo real. El pintor también dispara, pero no se contenta con ese primer impacto, es desconfiado, lo que le lleva a manipular esas imágenes para construir fundamentalmente sensaciones. Pensar y sentir se solapan en un juego de contrapunto, en el que la forma piensa desde una cierta lógica de la sensación. Aquello que nos conmueve, nos ha de poner en la piel del sentir, y eso es lo que el lenguaje por sí sólo no puede acometer. Partimos del lenguaje para despellejarlo en capas, laminarlo y así dar a ver desde sus entrañas la verdadera realidad, el lugar común de lo consciente, el lugar del conocimiento.

Ricardo González es consciente de todo esto, por eso su pintura salta de un estado a otro, se altera, que no es otra cosa que darse al otro en un proceso complejo de *extimidad*, por el que la intimidad del pintor se abre como lugar común, en un interior y exterior al mismo tiempo. Sus cuadros nos invitan a residir en ellos como huéspedes, en unos espacios que no están del todo cerrados, sino agujereados para poder acceder desde diferentes puntos, tantos como la superficie que los contiene y que a su vez nos acoge. Espacios fantasmales que proyectan en sus últimas obras lo liso y lo estriado, el caos y el orden, la tensión de lo vital, eso a lo que la pintura nos llama como organismo vivo. No se trata ya de pintar con los ojos, ni con las manos, sino pintar desde la consciencia de un todo fisiológico que recorre nuestro cuerpo y que implica al sistema nervioso que lo hace posible en el acontecimiento. Un acontecimiento que se pinta a su vez, que se desdobra en el cuadro imitando sus formas nerviosas, su esqueleto, ese otro andamio que soporta la película sensible de la pintura. La mano de este pintor está provista de infinitos ojos, y sus ojos son como tentáculos que atrapan todo lo que está a su alrededor, para mostrarlo de nuevo ante nosotros, transformado en lo puramente real. No se dejen engañar por esas apariencias espectrales, son más reales de lo que parecen, forman parte de un proceso riguroso de análisis tridimensional, que gracias a la práctica pictórica nos hacen soñar despiertos.

José Aja
Madrid, 24 de mayo